

LA REVISIÓN POLÍTICA: El Caso de la Revolución Cultural *

K. S. KAROL

“SI LOS ESTADOS UNIDOS penetran en el continente chino, haremos lo imposible para sacarlos de ahí. Es nuestra firme intención.” Así resumió Chou En-lai la política exterior de China en el mes de junio de 1967. No sorprendió a nadie, y menos a los norteamericanos. Sin embargo, a pesar de que su discurso fue pronunciado diez días después de la explosión de la primera bomba termonuclear china, Chou En-lai no ensalzó el poderío militar de su país. No habló de la fuerza de disuasión atómica ni amenazó a los Estados Unidos con represalias termonucleares. Para el primer ministro chino, el arma decisiva de su país es “la movilización psicológica de su población”. Y en su opinión esta arma es tan poderosa que, en caso de conflicto, China no buscará la ayuda soviética para defenderse.

Desde 1965, China fue obligada a elegir la mejor forma de enfrentarse a la agresión de su territorio por los Estados Unidos. Durante ese año, las mejores divisiones americanas desembarcaron en Vietnam y todo el peso de la inmensa maquinaria tecnológica y militar de los Estados Unidos se concentró en las fronteras inmediatas de China. Estuve en Pekín durante esos meses amenazadores, y los responsables chinos me dijeron —el lector encontrará la transcripción de esas conversaciones en el último capítulo de este libro— que preveían el aumento de las tropas del cuerpo expedicionario norteamericano en Vietnam del Sur a 500 000 hombres, que esperaban un intento de invasión de Vietnam del Norte y, finalmente, bombardeos de su propio país. La primera parte de sus previsiones se realizó muy ampliamente entre nuestra conversación de entonces y el momento en que se escribe este prefacio, a fines de la primavera de 1967.

Pero China no tenía medios tecnológicos suficientes para

* Este artículo aparece como prefacio a la edición italiana de la obra de Kewes S. Karol, *China: el otro comunismo*, publicada en México por Siglo XXI, 1967.

responder al desafío militar de los Estados Unidos. Sus fábricas no son capaces de producir tantos aviones o barcos como las de Norteamérica. Rusia soviética, que vivió antaño como una fortaleza cercada por las potencias capitalistas, trataba de ganar tiempo para recuperar su retraso tecnológico. Invertía lo esencial de sus recursos en el desarrollo de su industria pesada para aumentar la producción de acero, porque Stalin creía, no sin razón, que la capacidad económica del país sería el factor decisivo el día de la prueba. Por cierto que los chinos no descuidan el desarrollo de su arsenal militar —su esfuerzo atómico lo atestigua— pero saben que no alcanzarán a la General Motors o a la General Dynamics en el curso de los próximos años. Si el resultado de la guerra debiera depender de la tecnología moderna, los Estados Unidos serían, durante mucho tiempo todavía, una potencia invencible.

Por lo tanto, los chinos han decidido contar con otra arma: la ideología. Y trataron de experimentarla primero en casa, llevando a cabo esa movilización psicológica de toda la población por medio de la Revolución cultural. “Los guardias rojos valen más para nosotros que la mejor de las armas, y mañana los guardias rojos internacionales vencerán al imperialismo norteamericano” —tal es el principal lema de la Revolución cultural.

Cierto que, para movilizar a la población, parecería que un llamado a la unidad nacional, frente al enemigo extranjero, hubiera sido más recomendable. Si China fuera una sociedad convencional, seguramente habría escogido este camino. Pero no lo es. Para Mao, la movilización real sólo puede ser llevada a cabo por la adhesión en masa de la población a las ideas colectivistas, por la toma de conciencia de cada uno de que su suerte se identifica con la de todos. Y para este tipo de movilización ha sido necesario romper el yugo burocrático que ahogaba la vida política e impedía la expresión de la base popular. He aquí la razón por la cual Mao Tse-tung no permitió que la Revolución cultural fuera realizada por los “equipos de trabajo” que los responsables del aparato del Partido habían enviado a las universidades y a las fábricas. Bajó de su pedestal de hombre que encarna la Revolución china para apoyar con su autoridad a los jóvenes rebeldes —los guardias rojos y los rebeldes revolucionarios— para que arranquen el poder de ma-

nos de los viejos y participen en la formación de las nuevas instituciones, y convertirlas en más igualitarias y más democráticas.

Todo ello dio origen a una batalla insólita que, según los expertos, tanto occidentales como soviéticos, casi precipitó a China en una guerra civil. Nunca creí sus hipótesis, pues mi estancia en China me convenció de que este país vive ya en un clima político y moral radicalmente diferente del de los países occidentales o de los países comunistas europeos.

En las páginas que siguen el lector encontrará la descripción de la China comunista tal como la conocí durante mi largo viaje de 1965. No tengo la intención de resumir todas las características de la sociedad china, pero quisiera señalar inmediatamente algunos elementos necesarios para el análisis de la Revolución cultural. Así, los chinos están convencidos del valor irremplazable que tienen los estímulos políticos en la construcción de una sociedad socialista. Según ellos, los trabajadores son capaces de entregarse sin reservas sólo cuando actúan en nombre de una gran idea. Por el contrario, la búsqueda de beneficios materiales egoístas los aleja de la meta colectiva y, por lo tanto, va en contra de sus intereses y de los intereses de la sociedad. Esta nueva ética colectivista está escrita en letras de oro en las obras de Mao Tse-tung, que desde hace años son la base de toda educación en China. Se supone que, por efecto de esa instrucción intensa, ha surgido ya toda una generación de hombres ejemplares. Todos son altruistas perfectos, como por ejemplo Lei Feng, el soldado-héroe, venerado por toda la nación por su conducta de abnegado servicio a la comunidad. No debe extrañar que el *leitmotiv* de los chinos fuera: "La política debe estar en el puesto de mando"; "hay que ser rojo y experto" —"rojo" está antes de "experto".

Esta escala de prioridades prueba por sí sola que China ha escogido deliberadamente un camino opuesto al que apoyan las sociedades que creen en los imperativos de una supuesta "racionalidad económica". Es igualmente un hecho que la experiencia china ha sido facilitada, y tal vez determinada, por algunas tradiciones particulares de esa civilización, que siempre ha otorgado un lugar preponderante a las reglas de conducta moral.

El sinólogo francés Léon Vandermeersch¹ recordó recientemente que “en China como en Occidente, las estructuras sociales estaban construidas en un nivel intermedio entre la moral y el instinto, pero en vez de estar estructuradas desde abajo, a partir de un ordenamiento de las tendencias primarias del hombre por normas jurídicas cada vez más refinadas, eran establecidas desde arriba por medio de la adaptación del orden ideal de la moral a un orden práctico. . . Así, la economía de la civilización china se basaba en una centralización ideológica tan acabada como lo era la descentralización del Estado. Los 400 millones de súbditos del emperador Tsing, en el siglo XIX, estaban gobernados mucho más por la fuerza de las ideas y de los ritos, que hacían las veces de código civil, que por intermedio de unas cuantas decenas de miles de funcionarios”.

Esta herencia explica el encarnizamiento de los maoístas contra la antigua cultura que tenía como fin inculcar cierto modo de vida. Pero es evidente que la rebelión contra los ritos anticuados debía estar acompañada por la definición de una nuevo moral, de una doctrina de reemplazo capaz de inspirar la conducta de los chinos. Mao Tse-tung comprendió muy pronto esa necesidad y, desde el principio de su lucha política, demostró ser a la vez estratega y moralista. La prioridad absoluta dada a los estímulos políticos se inserta precisamente en ese esfuerzo por crear en China una civilización comunista por el camino de la educación, y sin contar con el mecanismo económico para transformar la mentalidad de los ciudadanos.

Pero la extrema politización exige un marco institucional apropiado. Al discutir con los chinos, estábamos convencidos de que su ambición de transformar al hombre llevándolo a tomar parte en una acción colectivista exigía cierta forma de democracia, sin la cual la misma noción de política pierde sentido. Las ideas sólo pueden tener un efecto movilizador si corresponden a una realidad vivida y son confirmadas por la práctica. Pero pensábamos que las instituciones chinas serían transformadas progresivamente por un proceso evolutivo simultáneo al progreso material de la sociedad. Por el contrario, la Revolución cultural representa una ruptura violenta con la práctica política de China en los últimos diecisiete años. En vez

¹ En el artículo que aparece en el presente número de *Estudios Orientales*.

de perfeccionar las instituciones ya existentes, Mao Tse-tung decidió someterlas a una revisión global, y llamó al pueblo a la rebelión. “Diecisiete años después de la fundación de la República Popular —dijo Chou En-lai en su discurso de junio de 1967— la economía fue reconstruida según los preceptos del socialismo, pero a menudo perduraban los antiguos conceptos. A menos de renovarse, existía el peligro de una degeneración tanto para la economía como para el régimen.” La Revolución cultural era pues —según el líder chino— un acto saludable que impidió la esclerosis de la República Popular.

Esta afirmación puede parecer paradójica, pues durante nuestra estancia en China no tuvimos la sensación de que ese país estuviera paralizado por “las antiguas concepciones” o por la burocracia que las explotaba en beneficio propio. Pero se debe reconocer que ya entonces nuestros interlocutores nos explicaban frecuentemente su decisión de impedir la cristalización de nuevas *élites* políticas o técnicas. Nos aseguraban que todos los que ocupaban puestos de mando tenían la obligación de cumplir períodos de trabajo manual que debían impedir que se separaran del pueblo. Vimos así a directores de fábrica que trabajaban un día y medio por semana como simples obreros, a dirigentes del Partido transformados en terraceros todos los domingos, en Pekín, sin hablar de los intelectuales y de los estudiantes que iban por largos períodos a trabajar en las comunas populares. Y tuvimos la impresión de que no existían en China tecnócratas, especialistas puros como los que hay en todos los países industrializados o en vías de desarrollo. Todo el mundo parecía tan politizado, tan preocupado por la prioridad dada a la conducta colectivista, que la actividad profesional sólo representaba un aspecto —y no el más importante— de la vida de cada uno.

Los teóricos de la Revolución cultural no pretenden que toda esa política haya sido errónea. Sin ella no hubiera existido esta generación de jóvenes militantes que ostentaba los brazaletes de los guardias rojos o que formó comités de rebeldes revolucionarios en las fábricas. Pero, según ellos, las antiguas medidas sólo eran paliativos que impedían que los dirigentes se apartaran de las masas, pero no bastaban para resolver el problema del poder. Un administrador chino, aun si debía llevar una vida modesta, estaba investido de enormes poderes. El

y sus semejantes eran quienes decidían todo, sin estar sometidos a un control que viniera desde la base. El Partido Comunista, altamente jerarquizado, otorgaba una preponderancia desmesurada a sus órganos dirigentes y obligaba a los niveles inferiores a ejecutar, con toda obediencia, las decisiones tomadas arriba. El freno a la democratización estaba, pues, en el carácter centralizado de las instituciones y en la estructura rígida del Partido, que monopolizaba el poder. Lo que estaba en juego no eran los hombres que administraban, sino los métodos mismos del gobierno.

Mao Tse-tung nunca ha sido afecto al bombo y siempre desconfió —si creemos las revelaciones actuales— de la burocracia de su Partido. Pasó a ser el líder del PC chino en condiciones insólitas, después de una larga batalla contra la mayoría del Comité Central, que extraía su autoridad del Comintern. Según historiadores como John E. Rue,² fue obligado, en vísperas de la “larga marcha”, a organizar un movimiento comparable al de los guardias rojos para arrancar el poder de las manos de esta burguesía comunista. Más tarde, en 1949, puso en guardia a sus camaradas que se instalaban en el poder en Pekín contra el efecto corruptor “de las balas azucaradas” de los privilegios. Por lo tanto, se puede afirmar que siempre tuvo conciencia del peligro de que un nuevo estrato gubernamental, aunque fuera comunista, forjara su propia ideología e invocara el argumento de la necesidad administrativa para defender sus intereses.

Ahora bien, según los chinos es precisamente eso lo que ocurrió en la URSS después de la muerte de Stalin. Su explicación del fenómeno jruschoviano parecerá muy arbitraria a todos los que han conocido la sociedad rusa en la época de Stalin, en que ya era muy egoísta y, a su manera, muy conservadora. Pero no importa si cierta evolución de la URSS comenzó mucho antes o después de la muerte de Stalin. Los chinos reaccionaron contra una realidad soviética con la que chocaron por razones que tienen que ver con su estrategia revolucionaria. Poco a poco, llegaron a la conclusión de que la estructura del poder en la URSS había facilitado la burocratización del país y su conversión al “revisionismo moderno”. Jruschov pudo

② John E. Rue, *Mao in opposition*. Stanford University Press, 1967.

llevar a la URSS en cierta dirección porque estaba investido de todos los poderes y el Partido entero tenía la obligación, por disciplina, de ejecutar las órdenes de su Comité Central.

“De esa experiencia —dice Chou En-lai— aprendimos que debíamos arrebatarse el poder a los que están en los puestos de mando.” Pero eso no debe ser interpretado como un simple llamado a la depuración. El objetivo de la Revolución cultural era más ambicioso. Mao Tse-tung sabía que las instituciones chinas y la estructura del PC chino eran muy comparables, si no es que idénticas, a las que existían en la URSS. Decidió demolerlas para destruir al mismo tiempo las condiciones políticas que hubieran permitido algún día el surgimiento del revisionismo en China.

“Si fuera necesario resumir el marxismo-leninismo en una sola frase —ha dicho Mao Tse-tung—, ésta sería: Existe el derecho a la rebelión.” Y según él, este derecho no desaparece después de la victoria de la revolución. Es más: la revolución permanente debe alimentarse sin cesar con la crítica de las masas para poder pasar a nuevas etapas en el camino hacia el comunismo. Las premisas de esta teoría fueron esbozadas por Mao Tse-tung ya en sus primeros escritos, pero sólo ahora, en el momento de la Revolución cultural, fueron publicadas y difundidas por la prensa china, que invita a las masas a inspirarse en ellas para buscar nuevas fórmulas institucionales. No es obra de la casualidad que se estén reeditando con gran esplendor en Pekín antiguos textos de Mao y que se esté llevando a cabo alrededor de ellos un debate apasionado.

Sin embargo, es evidente que este llamado a la base implicaba enormes riesgos para los que estaban en el poder. ¿Cómo tener la seguridad de que el torrente puesto en marcha por Mao no se volvería en contra del régimen comunista en su conjunto? ¿No estaba en peligro China, que tanto sufrió por la ausencia de un Estado centralizado, de caer una vez más en la división, el provincialismo y el fraccionamiento? ↓

Hoy, un año después del principio de la Revolución cultural, se pueden esbozar algunas respuestas a estas preguntas, que han preocupado mucho a todos los amigos de China. Mao Tse-tung tuvo la audacia de lanzar su consigna de rebelión porque estaba convencido de que su doctrina ya había penetrado tanto en el espíritu de los chinos que a nadie se le ocurriría

siquiera la idea de cometer el sacrilegio de atacarla en la plaza pública. Ahora bien, Mao Tse-tung no sólo se encarna a sí mismo: personifica al mismo tiempo el régimen popular y el PC de China. Si él estaba a cubierto de las críticas de los rebeldes, también lo estaban la República Popular y el Partido Comunista como tal.

Era ciertamente una apuesta, pero una apuesta que Mao ganó. A pesar del sinfín de posibilidades de expresión que da la Revolución cultural, nadie ha atacado a Mao Tse-tung. Los expertos extranjeros se han entregado a largas especulaciones sobre las oportunidades que tienen los “antimaoístas” en China, pero nunca han podido mostrar una sola prueba de la existencia de un movimiento tal entre los comunistas o los anticomunistas chinos. Anunciaron con grandes titulares en los periódicos que provincias enteras se habían sublevado contra Mao Tse-tung, pero nunca nos han dado documentos —periódicos o carteles— que expliquen por qué y cómo quieren esos hombres combatir al líder de la Revolución china. Ahora bien, algunas provincias de China son más grandes que Francia e Italia, y se puede suponer que movimientos capaces de apoderarse de ellas hubieran tenido los medios necesarios para expresarse.

Nadie desconoce los testimonios sobre los conflictos entre los distintos comités revolucionarios en las universidades o en las fábricas. Pero aunque conozcamos pocos detalles sobre las discusiones entre estos nuevos organismos básicos, tenemos la impresión muy clara de que se trataba de una competencia de fidelidad a Mao Tse-tung. Cada uno pretendía ser el mejor intérprete de su pensamiento y el mejor colocado para propagar su nueva moral entre los chinos. Pero nadie ha oído gritar “¡Abajo Mao Tse-tung!” durante la Revolución cultural en China.

Si es cierto que Mao estaba por encima de la crítica, no ocurrió lo mismo con los demás dirigentes comunistas. Se podría contar literalmente con los dedos de la mano el número de altos funcionarios que escaparon a las acusaciones de los guardias rojos o de los rebeldes revolucionarios. Algunos han quedado en su sitio, a pesar de los carteles acusadores en las mismas paredes de sus ministerios. Otros fueron hundidos por esa ola de cólera, y es difícil saber con exactitud cuál ha sido

su suerte. Después de largos meses de ataques tácitos, la prensa de Pekín nombró explícitamente a Peng-Chen, antiguo alcalde de la capital, a Lu Tung-yi y a Cheu-Yang, antiguo responsable de la propaganda en el Comité Central, como principales culpables de las fechorías del antiguo régimen. Después, una nueva campaña acusó a Liu Shao-chi, que, en vísperas de la Revolución cultural, había sido el hombre número dos del Partido y, de hecho, el amo de su aparato. Ninguno de los acusados ha podido defenderse de palabra o por escrito, y algunas acusaciones parecen altamente improbables, si nos fiamos de nuestros conocimientos sobre la historia de la Revolución china.

El tono de estas acusaciones y la suerte de los destituidos nos llenan de inquietud en lo que se refiere a ciertos aspectos de la Revolución cultural. Por su resolución de agosto de 1966, el Comité Central invitó a todos los chinos a un amplio debate nacional e hizo un llamado de respeto a la minoría, pues “la verdad está a veces del lado de la minoría”. A pesar de eso, los minoritarios como Liu Shao-chi no han podido expresarse y han sido literalmente cubiertos de invectivas. No pienso que Liu Shao-chi haya sido antimaoísta; al contrario, él fue el primero en proclamar, en el VII Congreso del PC chino, que “el pensamiento de Mao Tse-tung debe guiar la acción de nuestro Partido”. Tampoco creo que Liu Shao-chi haya querido arrebatar el poder al hombre que nunca había cesado de ensalzar, y cuya posición en el país reforzaba constantemente. Por lo tanto, hay otro aspecto en esta dramática prueba de fuerzas entre Mao y él.

Lo que se pone en entredicho por medio de Liu Shao-chi es la antigua concepción del Partido. Se le reprocha —entre otros crímenes— haber hecho reeditar en 1962 su obra *Cómo ser un buen comunista*, en la cual declaraba: “[El comunista debe obedecer a todo lo que ha sido adoptado y fijado por la mayoría, por el nivel superior o por el Comité Central del Partido. Debe obedecer aun a lo que está equivocado. En este momento, importa particularmente observar la disciplina, obedecer al nivel superior y al Comité Central, tengan o no la razón.” Añadió incluso: “Cuando la verdad está del lado de la minoría y la mayoría sostiene lo que está equivocado, la minoría debe, a pesar de todo, obedecer a la mayoría... Someterse

a la organización, a la mayoría y al nivel superior, todo eso es absoluto e incondicional.”

Todas esas afirmaciones de Liu Shao-chi se utilizan en su contra como pruebas de que, como Jruschov en la URSS, quería adueñarse del poder y aprovechar la obediencia del Partido para instaurar su reinado revisionista y personal. Sin embargo, en 1942, cuando Liu escribió su libro, el PC de China no sólo no estaba en el poder, sino que no tenía ninguna certeza de llegar rápidamente a él. Liu Shao-chi no hizo otra cosa que resumir en su obra la doctrina del centralismo democrático que rige a todos los partidos comunistas, y hacerla un poco más rígida para adaptar al PC chino a las condiciones de guerra y lucha clandestina en las zonas ocupadas por los japoneses o por el Kuomintang. Y si bien es cierto que Mao Tse-tung proclamó que “la cuestión de saber quién tiene la razón y quién no la tiene no puede ser resuelta por una mayoría de voces cuando se trata de los principios fundamentales del marxismo-leninismo”, no es menos verdadero que sólo formuló este principio mucho más democrático en 1963, es decir, quince años después del ascenso de los comunistas al poder en China. Pero es cierto que si a partir de este momento el Partido Comunista tuviera que llevar a la práctica la nueva fórmula de Mao, se convertiría en un partido muy diferente de lo que era en el pasado, y muy diferente de todos los demás partidos comunistas del mundo.

Aquí es donde llegamos al meollo del problema que plantea la Revolución cultural. Un año después de su iniciación, podemos analizar contra qué estaba dirigida, pero sólo los años venideros mostrarán sus resultados. Después de haber dado libre curso a la crítica de las antiguas instituciones, los dirigentes de la Revolución cultural han puesto a los chinos en guardia contra los peligros del ultra-democratismo y del ultra-igualitarismo. Los han invitado a tratar con corrección a los cuadros del Partido, “que son buenos en su mayoría”, y a formar comités revolucionarios de la “triple unión”. Estos deben, en principio, estar formados por representantes de las masas, de los cuadros del Partido y del Ejército popular, y deben encargarse de la gestión de las provincias y municipalidades, así como de las empresas industriales. Comités de este tipo han tomado efectivamente el poder en Pekín y Shanghai, y en las

cuatro provincias más importantes de las distintas regiones de China. La prensa de Pekín afirma que están calcados sobre el modelo de la Comuna de París, con todos los responsables elegidos y revocables, y que la mayoría de ellos participa en la producción. Igualmente, se ha otorgado gran valor al comité revolucionario que administra la fábrica de máquinas-herramientas Núm. 2 de Pekín, o al comité económico de Shanghai, los cuales obtienen buenos resultados con un mínimo de personal administrativo permanente. Pero lo que llama la atención es el número limitado de provincias o empresas donde ya funcionan las nuevas instituciones.

Es posible que los maoístas actúen con mucha prudencia para no repetir el error cometido en 1958, en el momento de la formación de las comunas populares. En esa época, después de haber aprobado el estatuto de la primera comuna, el Partido propugnó la adopción inmediata de la nueva fórmula en todo el país. Ahora bien, China es demasiado grande para que tal uniformidad sea factible, y el fracaso relativo de las comunas se explica en parte por la precipitación con que se formaron. Tengo la impresión de que en este momento Mao quisiera actuar con mayor circunspección, que espera a ver qué resultados prácticos pueden obtener los comités revolucionarios de la "triple unión", y sólo después dará el visto bueno para la generalización de esta fórmula. Es posible que, en ciertas provincias, las condiciones locales no permitan considerar una gestión de este tipo, al menos no en el futuro inmediato. En todas partes en que ha sido dismantelado el antiguo sistema y todavía no se ha introducido el nuevo, el ejército se encarga provisionalmente de la administración y cuida de que la Revolución cultural no rompa el mecanismo económico necesario.

Lo mismo sucede con el Partido Comunista que, después de haber sufrido mutaciones desde la base hasta la cúspide, vive todavía en una fase de transición bajo la dirección del Buró político reducido y del comité de la Revolución cultural. Pero tarde o temprano será necesario darle una estructura más permanente, tomando en cuenta las innovaciones aportadas en el curso de la Revolución cultural, y tomando en cuenta también la voluntad de la base. Por lo tanto, se deberá convocar un congreso, que sin duda dará las respuestas a muchos de los problemas que todavía quedan por resolver.

El torrente desatado por Mao Tse-tung no volverá fácilmente a su cauce, y todavía hará falta mucho tiempo antes de que sea posible hacer un balance real de los acontecimientos de los últimos años. Pero para seguir día a día el desarrollo de la Revolución cultural es necesario pensar en la realidad china y en las preocupaciones ideológicas de los líderes de ese país. Sobre todo, hay que tener siempre presente que están reestructurando su país para aumentar su capacidad de defensa, para estimular el espíritu de combate antimperialista de sus ciudadanos y para transformarlo así en una fortaleza inexpugnable. Probablemente ninguna nación en la historia ha estado bajo una amenaza tan fuerte como lo está China hoy en día. En efecto, ninguna se ha visto en la obligación de vivir frente a un gigante norteamericano armado con bombas termonucleares y convencido de que, en la lucha anticomunista, tiene derecho a utilizar las armas más mortíferas.

10 de julio de 1967

Traducción: FLORA BOTTON